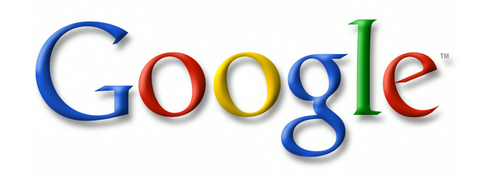
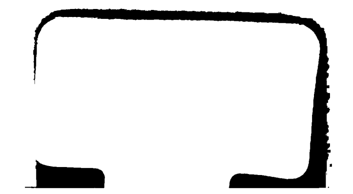






Biblioteca de "El Fígaro."



HABANA.
Lit. ó Imp. del Comercio, San Rafael 45.
1889.

TIEMPO PERDIDO.

Biblioteca de "El Fígaro."

CESAR CANCIO MADRIGAL.

TIEMPO PERDIDO,

COLECCIÓN DE POESÍAS

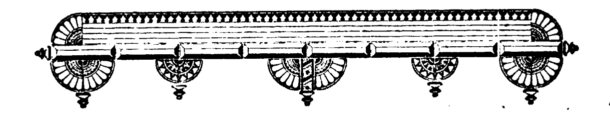
Con una carta-prólogo de Emilio Bobadilla

(Fray Candil.)

HABANA:

IMP. DEL AVISADOR COMERCIAL, AMARGURA 30.

1889.



Sr. D. Florencio Gancio y Zamora.

A NINGUN *otro mejor que á usted puedo dedicar esta mi primera obra, no por lo que valga en sí, pues convencido estoy de que no vale nada, sino porque habiendo sido usted mi primer maestro en la carrera de la vida, y teniendo en cuenta que usted no me aconsejó nunca nada que no propendiera á mi adelanto intelectual y moral como jurista, es justo que repare de alguna manera el* TIEMPO PERDIDO, *es decir, aquel en que esquivando yo sus consejos de que estudiara Derecho, mucho Derecho, lo empleaba en hacer versos que en aquel entonces me parecían magníficos (dicho sea con toda sinceridad) y que hoy me parecen, pensando con el mejor de nuestros poetas contemporáneos, inspiraciones indeterminadas, sin pensamiento ni alcance, que nada dicen y á ninguna parte van, llenas de gala y adornos, como esas po-*

bres doncellas muertas á quienes se atavía y corona de flores para conducirlas al campo santo.

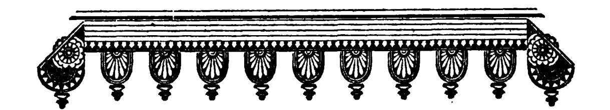
Yo creo con Núñez de Arce, que la misión del arte en las épocas de lucha, como la que hoy alcanzamos, épocas en que todo oscila ó se transfigura bajo el ariete de nuevas ideas; en que á ninguna manifestación del entendimiento humano le es dado permanecer impasible y neutral ante las graves y trascendentales cuestiones que se ventilan en el seno de nuestra sociedad ultrajada, es más seria que la de ponerse á cantar como el pájaro en la selva, sin decir nada, sin reflejar, como deben también hacerlo al pintar en el lienzo y el escultor en el bronce, las luchas, los anhelos y las esperanzas de nuestros ideales políticos y sociales.

¿Que por qué publico mis versos?

Porque son las primeras notas de mi lira, las primeras soñaciones de mi alma, y porque siempre es curioso ver de qué modo se modifican y transforman, con el trascurso de los tiempos y las enseñanzas de la vida, el estilo, los gustos y hasta los sentimientos de un autor, aunque éste sea de tan escasa importancia como yo.

Acepte usted esta obrita con el gusto con que yo se la dedico, y no dude que quedará muy agradecido su autor,

César Cancio.



CARTA ABIERTA.

Sr. D. César Cancio.

Mi muy querido amigo: acepto gustoso el encargo de escribir el prólogo, ó lo que sea, para los versos que vas á publicar, según me dices. Creo firmemente—y lo digo sin finjida modestia ni cosa que lo valga—que debías haber designado para esta empresa á otro con más autoridad y prestigio literario que yo. Yo—según han dado en decir (sus razones tendrán) todos los gacetilleros ultramarinos, incluso *Juan Sincero*, que es otro gacetillero, si bien con pretensiones de crítico á lo Taine—he perdido mucho con mi viaje á España; mis facultades intelectuales—si algunas tuve—

han decaido, vamos, que me he vuelto un idiota ó punto menos..... ¡Calumnia, calumnia vil! No debo de estar tan idiota cuando sigo creyendo *todavía*, á pesar de la distancia, (esa distancia que me echan en cara cuando contesto con dureza á ciertos ataques), repito que no estoy tan enfermo del cerebro cuando sigo creyendo que *ellos* (los *Sinceros* de aquellas *maniguas)* continúan siendo tan malos, en cuanto escritores, como cuando salí, mar afuera, de la Habana.

A pesar de todo esto, de este vendabal de improperios, de mi *desprestigio* literario, (que no debe de ser tan grande cuando me pagan en Madrid los artículos), de mi decadencia intelectual, de mis *traiciones* políticas (¡ahí es nada!), tú, mi buen amigo, te acuerdas de mí, pobre escritorzuelo olvidado de Dios y de los hombres, que dicen mis queridos enemigos, y te acuerdas en ocasión de dar á la estampa un tomo de versos.

Claro que no te voy á poner por las nubes porque me pondrían por los suelos mis *críticos* que, dicho sea de pasada, tienen tanto de *Sinceros* como yo... de Pedro Giralt, de cuya vida y de cuyos *escritos* hace un siglo que no sé palabra. Voy á decir de tí lo que pienso, clara y llanamente. Me pides franqueza y sinceridad. Pues *óyeme cantar*. Creo (parece que voy á rezar el Credo), que tienes inspiración; creo que si estudiases

sériamente (este consejo es trivialísimo pero no hay otro) llegarías á ser un notabilísimo poeta. Noto en tus trabajos poéticos brío, vigorosa entonación y nervio, aunque á veces pecas de efectista, defecto del que debes huir como de una crónica de Valdivia. Aparte de la forma que es correctísima y gallarda, hay *En su lápida*, rasgos de sentimiento sincero y hondo.

El verso corre limpio, desenvuelto y fácil. El poeta lamenta la muerte de su amada con acentos saturados de pena y, en el paroxismo de su dolor, ve el mundo envuelto en pavorosas sombras, mudo el pájaro y sin rumores ni músicas el viento. *En su lápida* revela un poeta de rigurosa complexión. Los versos finales encierran un pensamiento que, aunque no del todo original, está bien expresado:

«¡Aunque ya tu no vives para el mundo,
para mi triste corazón no has muerto!»

También merece citarse *Su boda*, elegiacas estrofas en que el poeta, después de describir la boda de la perjura que le abandona por otro, lanza un grito sarcástico que recuerda aquel famoso pareado de Espronceda, en el *Canto á Teresa*. Hay en esta poesía, como en otras tuyas, algunas reminiscencias del lírico de *La Visión de Fray Martín*. El verso

«¡Oh primera ilusión de alas doradas,»

está calcado en este otro de Núñez de Arce:

«¡Oh dorada ilusión de alas abiertas...»

Pero no se debe ser exijente con quien dá pruebas de sentir por cuenta propia y de versificar con fluidez, desenfado y armonía.

En otras poesías—y no digo todas porque no conozco más que algunas—sentimentalismo de buena ley; en *¡Ingrata!* y en *Silencio* versificas con facilidad y tienes un oido delicado; pero (este *pero* no es prurito de echármelas de dómine) tienes que someter tu fantasía al yunque del estudio de los clásicos (otro consejo manoseadísimo, pero tampoco hay otro), que serán soporíferos, no lo niego, pero que son los que enseñan, si no á pensar y á sentir, á escribir como se debe, por lo menos. Conviene enjuagarse á menudo la boca con el vino añejo de los clásicos, ha dicho Emilia Pardo, y ha dicho bien. La forma es un elemento artístico que no cabe desechar y que ningún crítico de recto y sano juicio, aconseja que se deseche, al menos, que yo sepa.

Esos jóvenes que empiezan por estudiar francés y no leen sino en francés, suelen ser harto eruditos; pero ¡cómo escriben, Señor!

En francés—nadie lo niega—está todo ó casi todo; pero ¿en qué lengua hablamos? En castellano ¿verdad? Pues escribamos en castellano, aunque pensemos en francés ó en alemán, en eso

no me meto. No es esta una cuestión política, es una cuestión de literatura, dicho sea á fin de que no se tome el rábano por las hojas.

Veo con gusto que no te vas ni con los *parnasianos* ni con los *decadentistas* ni con los *coloristas*, sectas, ó como quiera llamárseles, que parece están de moda entre los jóvenes literatos de la *nueva era*, de por allá. Valdivia, *Sincero*, todos son, según ellos, ó parnasianos ó . . . cursis (eso es, cursis. ¡Cuando lo digo yo!). Todos quieren escribir con colorido, con mucho colorido . . . . La culpa la tiene Gautier. Ese prólogo á las poesías de Baudelaire, ha hecho mucho daño entre aquellos jóvenes nerviosillos é impresionables. Han tomado al pié de la letra cuanto aconseja respecto del estilo, el famoso autor de *Mlle de Maupin*.

¿Bosqueja *Sincero* la semblanza de Ramón Mesa, ese novelista frustrado? Pues le pinta con los pelos de punta, *como púas de erizo* (á cualquiera se le ponen los pelos de punta con tales pinturas); con la frente de . . . . plaza de toros, el cuello enormemente grueso como el de un rinoceronte . . . . ¿Quién conoce al Sr. Mesa con semejantes símiles . . . . zoológicos?

¡Que no estoy tan idiota, señores!

Nada, amigo Cancio: no te adhieras á la *multitud;* sigue otro camino, cualquiera, que indu-

dablemente será mejor que el que ellos siguen cobijados *bajo las alas del cisne de las metáforas* de Valdivia (palabras de Valdivia en un rapto de locura); procura no inficionarte del mal gusto que allí impera, salvo honrosas, pero contadas excepciones, del mal gusto que se diferencia de la peste—según observaba el P. Isla—en que los extragos de ésta se conocen antes que se experimentan y los de aquel, hasta que no se experimentan no se advierten.

Yo no censuro el colorismo; lo que censuro es el colorismo chillón y de mal gusto.

Entre los jóvenes que allí cultivan la literatura (me refiero á los de la *joven Cuba)*, exceptúo, entre otros, á Pichardo, que se aparta de la tendencia *general;* no es ni quiere ser colorista á la manera de Valdivia ó de *Juan Sincero* (ese par de *tradiciclos);* escribe con naturalidad y buen sentido, si bien adolece del defecto de ser algo difuso y un tanto desmazado; pero no padece de esa enfermedad que no recuerdo cómo la llaman los oculistas; y que consiste en enamorarse del color rojo subido, de la sangre de toro, como quien dice.

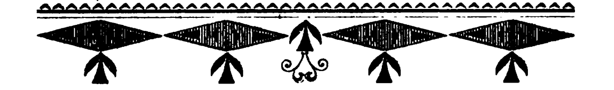
De buen grado me extendería más; pero quiero aprovechar el correo que sale hoy, y ya es tarde.

Un apretón de manos por los visibles progre-

sos que creo advertir en tus facultades poéticas, y un cariñoso abrazo de inalterable amistad de tu amigo

Fray Candil.

Madrid 28 de Enero de 1889.



DE MI MADRE.

Brilla en tus ojos la rosada aurora
de alegre juventud, dulce y florida,
y á gozar de sus dones te convida
esa espléndida luz que la colora.

La hermosa y frágil dicha que atesora
en todos los instantes esta vida,
palpita en tus ensueños escondida
y todo te conmueve y te enamora.

Pero en alas del tiempo todo vúela,
la juventud, la dicha y los amores,
aunque jamás á nuestro gusto cuadre,
lo único, hijo mío, que consuela
después que se marchitan tantas flores
es un amante corazón de madre.



DESDE EL CAMPO.

(A MI MADRE.)

¡Qué vista presenta el campo
tan hermosa! En esta calma,
palpita dentro del alma
no sé qué extraña emoción;
al rumor de los palmares,
á los suspiros del viento,
Madre mía, yo te siento
dentro de mi corazón.

—

El sol trasmonta la espalda
del horizonte, su frente
se desmaya lentamente
con languidez sin igual,
y el verde campo ilumina
con una luz que á lo lejos,
derrama con sus reflejos
una tristeza glacial.

—

Cual arco de plata y piedras
limitando el alto monte,
se extiende un claro horizonte
bordado de hermoso tul,
y un expléndido paisaje
de la montaña en la falda,
que forma un mar de esmeralda
bajo un cielo siempre azul.

Cual suspiros amorosos,
escúchanse las congojas
que entre las temblantes hojas
forma el céfiro al pasar;
y á lo lejos, dulcemente,
del arroyuelo el son blando,
y más allá...... rebramando
contra las rocas, el mar.

—

¡Oh! aquí, Madre querida,
lejos del mundo engañoso,
dulce, halagüeño reposo
mis amarguras tendrán;
aquí olvidaré el ensueño
que la verdad nunca alcanza,
como mentida esperanza,
como irrealizable afán.

—

Y luego, Madre, del aire
que se acerca en leve giro,
yo recojeré el suspiro
que me envía tu oración;
y absorbido por completo
en tu memoria adorada,
sólo por tí, Madre amada,
latirá mi corazón.

—

Sólo tu imagen bendita,
será la ilusión hermosa
que en la noche misteriosa
veré en el cielo flotar;
y en contemplación sublime,
y en inefable embeleso,
mi vida, Madre, en un beso
irá en tu boca á espirar.



EN SILENCIO.

Hace tiempo, mujer, que te idolatro;
que guardo con ternura
dentro del pecho tu preciosa imagen,
y ya que es imposible
frenético besarla con la boca,
la besa mi alma delirante y loca.

—

Tú lo ignoras acaso;
tú no sabes, mujer, que sufro y lloro,
que me oculto en la sombra y te contemplo
sin atreverme nunca
á decirte, mi bien, cuánto te adoro....!

—

Que pálido y convulso
me estremiezco de amor al oir tu acento
que en alas vuela del callado viento;
que busco tu mirada como busca
el cautivo la luz, y en el exceso
de esta amarga pasión en que deliro,
de mi boca te mando un casto beso,
del triste corazón, lento suspiro.

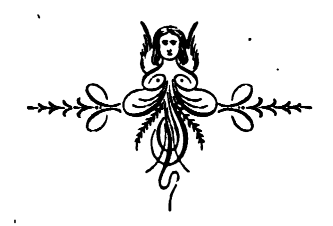
—

¡Ah! sin tu amor.... mi conturbado espíritu
ninguna dicha á realizar alcanza,
que en la lóbrega noche en que me agito
busco en vano la luz de una esperanza
con que alentar mi corazón marchito.

Horrible lobreguez en que mi pecho
inquieto, ansioso y con mortal tortura,
exhala de dolor hondo suspiro....
y embriagado de amor y de amargura
al través de mis lágrimas te miro.

—

Y sólo en el silencio,
en la tranquila y sosegada calma
en cuya paz sonriente
siento nacer la inspiración del alma,
deposito este amor, mujer querida,
amor inmenso, arrebatado, ardiente,
en cuyo seno te dejé mi vida
y á cuyo ardor se marchitó mi frente....



PASIÓN.

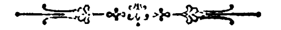
Son tus ojos la luz de la esperanza
cuyo suave arrebol
ilumina mi negra desventura
con pálido fulgor.
Tu sonrisa es la única sonrisa
que correspondo yo;
tus lágrimas, las únicas que inundan
mi pecho de dolor.
Me miras desde lejos con mirada
de glacial expresión
y es que tú no comprendes, vida mía,
que sufro por tu amor.
No sabes que te amo y que daría
la vida sin temor,
después de poseer un solo instante
tu tierno corazón.
Que por besar con mis tremantes labios
tus labios, diera yo
todo un brillante porvenir de gloria,
de dicha y de ilusión.
¡Con qué gusto muriera yo en tus brazos
embriagado de amor
sólo para probarte que te adoro
con todo el corazón!
....
No me digas, mi bien, que no eres mía,
no me lo digas, no;
si acaso no me quieres, luz de mi alma,
«que no lo sepa yo.»

DE MÁRMOL.

Cuando henchido de amor llego á tus plantas
y me prosterno ante tu imagen bella,
cual suprema deidad mi vista encantas
y tu rico explendor mi labio sella.
Es mi dicha inefable,
mi placer infinito é inacabable
el contemplar tu espléndida hermosura,
porque siento nacer dentro del pecho,
de negras penas y de afán deshecho,
la blanca flor de una esperanza pura.
Y á tal grado de amor mi anhelo llega,
que trastornado y loco quiero hablarte
de la pasión ardiente que me ciega
en mi afán infinito de adorarte.

....

Apuro mi dolor hasta el tormento,
en suspenso se queda mi albedrío,
te adoro en el altar del pensamiento
y en silencio te llamo ídolo mío......;
pero ídolo de mármol duro y frío,
sin corazón, sin alma y sin aliento!



¡INGRATA!

¡No lo crees, mujer....! Te lo he jurado
con locura vehemente;
á tus plantas cayendo arrodillado
te confesé el amor puro y ardiente
que orgulloso se eleva, cual la palma,
desde el fondo de mi alma
hasta el pálido mármol de tu frente.

—

Te dije que te amaba con delirio,
y al expresarte mi amoroso anhelo
te ha pintado mi voz todo el martirio,
el inmenso dolor, el desconsuelo
en que mi errante espíritu se ábisma,
y tu mirada misma,
de fría indiferencia haciendo alarde,
con profundo desdén ha contemplado
mi sueño más dorado....
el puro amor que entre mi pecho arde.

—

Gracias, y adiós, mujer. Quiera el supremo
á quien por tí mis súplicas levanto,
que el abundoso llanto
que vierto, adolorido,
como la ardiente lava
que al cielo arroja el Etna estremecido,
no te cause jamás penas ni enojos,
ni queme tus mejillas virginales,
ni abrase las pupilas de tus ojos;

que no sientas huir la dulce calma,
esa calma hechicera
que lleva siempre en lo interior del alma
aquel que logra su ilusión primera;
que no sufras jamás la indiferente
mirada del que adores
y el angel de la paz sobre tu frente
coronas teja de fragantes flores;
que no sientas ¡ingrata! el loco empeño
que siente el que acaricia una esperanza,
pues tanto más profunda,
amarga é inestinguible
¡ay! es la pena del que alienta un sueño
cuanto es su realidad más imposible.....

—

En este triste instante
tu dulce voz en mis oidos suena,
voz armoniosa que á mi pecho amante
de hondos pesares y de angustias llena....
Adiós, ingrata, adiós.... de tí me alejo;
ya que á un abismo tu desdén me lanza
aquí á tus plantas virginales dejo
¡mi dicha, mi ambición y mi esperanza!



SU BODA.

¡Llegó el momento! En el reloj resuena
la fatídica hora. El frontispicio
del alto templo se conmueve y siente
á sus piés consumarse el sacrificio.
Con pasó lento acércase el cortejo,
y ocupando la pálida capilla,
se inclina mudo; respetuosos unos
al clavar en el suelo la rodilla,
y otros con inquietud torpe y nefanda,
porque anhelan ansiosos el momento
en que verán mis ojos desposarse
la mujer que he querido hasta el tormento.

***

La ilusión y esperanza de mi vida,
la que en el alma siempre retratada
adoro en mis fantásticos ensueños
con el ardor de un alma apasionada.
Angel de bendición, en cuyas manos
puse mi voluntad y mi destino
para encontrar mi voluntad dispuesta
á seguir en sus brazos mi camino.
Mujer que enardeció con sus encantos
los sueños de mi joven fantasía.
¡Oh primera ilusión de alas doradas
cuánta angustia le has dado al alma mía....!

***

¡Vedla....! ¡Allí está! La palidez del mármol
de su semblante la espresión retrata,
y de sus ojos la amargura inmensa

en cristalinas perlas se desata.
¡Ah! me parece que su dulce boca
deja escapar al modular el rezo,
hondo suspiro que á mi oido llega
como el rumor de fugitivo beso.
Tal me parece que sus grandes ojos,
nublados por letal melancolía,
me buscan afanosos y me juran
su pasión ardorosa todavía.

***

Pero es vana ilusión de mi cerebro,
que en la fiebre de amor arde y delira,
porque la llamo ¡ay Diós!-y no responde,
la miro con pasión.... y no me mira....!
¡Dejad, dejad que en mi tormento amargo
solloce de dolor estremecido,
y con las manos ¡ay! me rasgue el pecho
para que estalle el corazón herido!
Dejad que avive mi dolor á solas
y anhele de la muerte los abrazos.
¡Para qué sirven en el mundo hermoso
un corazón y un alma hechos pedazos!

***

¡Llegó el momento! En el altar se apiñan
ávidos ojos de brutal mirada;
esparce el azahar su dulce aroma
y llora la mujer sacrificada.
Allí á su lado ¡vedle! el miserable
robador de mi dicha, odioso anciano,
oprime ansioso entre sus manos yertas
el blanco nácar de su ardiente mano.
Mano que tantas veces en mi pecho
buscó mi corazón dándome enojos;
que tantas veces con afán ardiente
secó el amargo llanto de mis ojos.

***

A girones la vida se me escapa
por la ancha herida de mi amor ardiente,

nubla el dolor mi vista, y sobre el pecho
como un mundo de bronce cae mi frente.
Ya la interrogan si entregarse anhela
en brazos de la muerte amarga y fría.
¡Oh, nunca salga de tus dulces labios
una falaz promesa, Clara mía!
No mientas, no; de tu ilusión las flores
marchitarse verás una por una,
y luego llorarás con cruel congoja
tu perdida pobreza en la fortuna.

***

No mientas, no, mujer; detente, calla;
no sacrifiques la pasión tan pura
que me juraste conservar eterna
á costa de tu bien y tu ventura.
No vendas tus encantos por el lujo.
Si la exigencia maternal te obliga
así á vender tu corazón al oro
perdóname, por Dios, que la maldiga.
¡Oh! ven á su pesar, ven á mis brazos,
apoya en mi hombro tu ideal cabeza,
y tráeme tu amor inmaculado
con su brillante aureola de belleza!

***

¡Ah! no me escucha. Su razón se ofusca,
sus labios se contraen y suspira,
y ante Dios y ante mí, con faz serena,
pronuncia la sacrílega mentira.
....
¡Ya son esposos! La campana fúnebre
resuena en el espacio triste y lenta,
doblando ante el cadáver de mi alma
cuya frialdad el pecho me atormenta.
El humo del incienso se disuelve
por la ancha nave en caprichosos giros,
y los pasos se apagan en la sombra
con el triste rumor de los suspiros....

¡Adiós!, mujer, ¡adiós....! goza y sonríe;
en tálamos de flores, vé y descansa,
y llévate la dicha de mis sueños,
y déjame morir sin esperanza!
Por tí he llorado como llora un niño;
por tí he soñado como sueña un loco,
y el corazón y el alma y el cerebro
para quererte mucho han sido poco.
Si es este el premio de mi afán prolijo,
si es esto lo que, al fin, absorto veo,
¡maldigo mi pasión y mi creencia
porque ni en Dios, ni en tí, ni en mi alma creo!

....

Venga á mi corazón el amor falso,
venga á mis labios la blasfemia impía,
el desdén á mis ojos siempre duros
y el eterno dolor al alma mía....!



¡INSOMNIO!

Siniestra noche en que el pesar despliega
sus negras alas sobre el pecho herido;
horas de amargo duelo
que pasan silenciosas
cual nubes tempestuosas
que lentas cruzan el azul del cielo.

—

Ansias que roban la tranquila calma
que el pecho anhela en su mortal congoja;
cierzo del desengaño que en el alma
la blanca flor de la ilusión deshoja.

—

Tempestad de recuerdos
que el pensamiento á detener no alcanza
en el curso fatal de su carrera,
y en su vuelo arrebata la esperanza
que el corazón herido
ni un solo instante acarició siquiera.

—

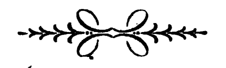
¡Noche terrible....! ¡Tumultuosa noche,
cuyo fúnebre manto
de sombras cubre la abrasada frente,
y en que la dicha trémula suspira....
se aleja lentamente
y en la nocturna soledad espira....!

¡Oh noche interminable!
de cruel angustia, de dolor terrible,
de amargura profunda, inacabable,
en que todo parece un imposible....
y en que la fé con misterioso anhelo
tiende sus alas y remonta el vuelo....!



RESCOLDO.

Con el suave reflejo de la tarde
tu dulce amor entre mi pecho arde;
ténue fulgor que en la mortal angustia
á que tú me has tenido condenado
ilumina este pecho que te adora
y amargamente llora
el recuerdo de todo lo pasado.
¿Recuerdas que gimiendo entre tus brazos
al calor de mi pecho te he pedido
un amor como el mío.... grande, eterno;
que he querido mil veces el infierno
antes que tú me echaras en olvido?
¿Recuerdas mis delirios y congojas?
Pues al leer estos versos que te envío
como marchitas hojas
que con saña arrancó tu desdén frío
de este mi corazón apasionado,
recibe el último átomo de vida
que aliento para tí en el pecho mío,
y sabe de una vez, mujer querida,
que aún te adoro con loco desvarío.



Á CLARA.

Desde tu fatal ausencia
no dejo de recordarte,
¡ah! si pudiera olvidarte
virgen de mi adoración;
cada día, cada hora
que pasa, cada momento
se aumenta más el tormento
de mi ardorosa pasión.

Allá en la tranquila noche
en apartado retiro,
un doloroso suspiro
suele mi pecho exhalar;
suspiro errante que vaga
por el éter magestuoso
y sólo, triste y lloroso
vuelve mi pecho á ocupar.

Entonces siento que el alma
recorriendo nuestra historia
va trayendo á la memoria
mi desvío y tu dolor,
y adorándote, en silencio,
maldigo mis impiedades
y las falsas amistades
que me robaron tu amor.

Que al recordar los pesares
que sufriste, Clara hermosa,
cuando con la faz llorosa
te entregabas al dolor,

siento el pecho desgarrarse
y en alas de mi tormento
te envía mi amargo acento
hondo suspiro de amor.

—

Y hoy vengo, Clara del alma,
como tu mejor amigo,
á llorar junto contigo,
á consolar tu aflicción;
á llorar, porque yo quiero
al consolar tu amargura,
que sepas tengo aún ternura
para tí en mi corazón.

—

Ven, mujer, ven á mis brazos,
aproxímate á mi pecho,
que yo, como tú, deshecho
lo tengo, Clara, también;
acércate más, ven, calma
este afán que me sofoca
con un beso de tu boca
sobre mi abrasada sien.

—

Deja que corra tu llanto
y á mis piés amargo río
se forme, que sólo ansío
su corriente aniquilar;
que con mis ardientes labios
tus lágrimas agotando,
poco á poco iré secando
la fuente de tu pesar.

—

Luego.... podré prodigarte
dulces palabras que el cielo
me enseñó para consuelo
de tus pesares, mujer;
y cuando tengan tus ojos
nueva espresión de ternura,
¡cuánta será mi ventura!
¡cuánto será mi placer!

EN SU LÁPIDA.

¿Qué has hecho, boca, de tu blando aliento?
¿Qué hicisteis, ojos, de la lumbre vuestra?

VICTOR HUGO.

¿Por qué no canta el pájaro en el bosque?
¿Por qué no rompe la tranquila calma
con su dulce murmullo el claro río?
¿Por qué con cruel afán se agita mi alma
y estalla de dolor el llanto mío....?
¿Por qué se nubla el cielo, y el acento
del aquilón horrísono retumba,
y escucho un ¡ay! como el fugaz lamento
que se escapa del fondo de una tumba....?
Es que *ella* ha muerto, y con siniestras alas
bate el dolor el intranquilo pecho,
dejando la razón entumecida,
la esperanza perdida
y el abatido corazón deshecho.....!

—

Pura como la estrella vespertina
que en el crepúsculo arde
con la dulce nostalgia de la tarde;
bella como la aurora
cuando entre nubes de luciente grana
saluda á la mañana
y el verde campo con sus luces dora.
Virgen hermosa que vivió un momento
y, sorprendida por el cierzo helado,
lanzó angustiosa su postrer aliento
de agonía y dolor envenenado....!

El pecho se me oprime
al contemplar los fúnebres despojos
que solo quedan de la virgen pura.
Ya no brilla en su rostro la hermosura
ni el fuego de la vida arde en sus ojos.
¿Dónde está la ardorosa fantasía
que en tu cerebro ardía
con llama refulgente?
La pureza, el encanto y la alegría
¿por qué no brillan ya sobre tu frente?
¿Qué se hizo tu acento delicado,
tan dulce y tan sentido
como un beso de amor inmaculado,
que ya no viene á acariciar mi oido?

¡Ah! cuántas veces anhelante y loca
con la ardiente explosión de la alegría
fuertemente reía
de encantos llena tu encendida boca!
¡Y cuántas veces con la faz serena
como el cristal del trasparente lago,
buscaste en tus ensueños el halago
que el alma pura de ilusiones llena!
Risas y sueños de inocente dicha
que sin dudas, congojas, ni pesares
pasaron por tu frente
como pasan las ondas del torrente
que va á perderse en los azules mares.....
....
Hora el mutismo en tu sepulcro vela
con el silencio de la augusta calma
y de tu cuerpo desprendida el alma
por los espacios incansable vuela!
Si acaso me contemplas, virgen pura,
y llega mi congoja al infinito,
recoje este dolor grande y profundo
que ante tu losa funeraria vierto.
¡Aunque ya tu no vives para el mundo
para mi triste corazón no has muerto.....!

BESOS.

Era una noche plácida y serena,
la luna en el espacio resbalaba
y á su luz misteriosa recordaba
los ojos de mi lánguida morena;
una sencilla y pálida azucena
el aire suavemente perfumaba
y á la luz melancólica brillaba
de dulce esencia y de fragancia llena.
El céfiro al pasar detiene el vuelo
y dulcemente con sus alas toca
la blanca flor y se remonta al cielo....
También yo la besé con ansia loca
y al hacerlo creí con casto anhelo
que posaba mis labios en su boca.



NO LO OLVIDES.

Anoche te miré con tanta cólera,
con tanta indignación,
que si hubiera tenido en mi mirada
un rayo destructor,
te hubiera, sin piedad, herido el pecho
y, con saña feroz,
partido en mil pedazos tu egoísta
é infame corazón.
Porque sabes, mujer, que te idolatro
con fanático ardor;
porque sabes que aquí dentro del alma
te llevo como un Dios,
ultrajas con tu fría indiferencia
esta ardiente pasión
que quema mis entrañas como un cáncer
de amargura y dolor!
....
Mas.... si así lo dispones, así sea;
apáguese mi voz....
pero, al menos, no olvides que ninguno
te adora como yo.

CONVICCIÓN.

No te puedo olvidar. Aunque he querido
de tus encantos huir,
no he logrado, mujer, más que adorarte
con mayor frenesí.
Mientras á otras mi pasión juraba,
pensaba siempre en tí,
buscando la mirada de tus ojos,
tu dulce sonreir.
Te tenía presente en mi memoria,
y no podía vivir
sino al influjo del recuerdo ardiente
de tu pasión febril.
Hoy que te vuelvo á ver en mi camino
también vuelvo á sentir
la inefable dulzura de adorarte
con loco frenesí,
y quedo convencido de que sólo
tu amor me hace feliz
y de que sólo el corazón me late
cuando estoy junto á tí.



¡FUEGO....!

Esas dos pupilas negras
que se engarzan en tus ojos
como sombríos celajes
en un cielo explendoroso;
esa cascada ebanácea
de tus cabellos sedosos;
esa tu boca sombreada
por ligerísimo bozo
y que muestra, al sonreirse,
detrás de unos labios rojos
blancas perlas que deslumbran
con reflejos misteriosos,
y el color de tu semblante
soberanamente hermoso,
revelan, prieta, (perdona
si por esto te sonrojo),
un vivo fuego en tu pecho
de deseos amorosos
que en relámpagos se escapa
por el cielo de tus ojos......!



EN EL BAILE.

No sé cómo explicarte claramente
lo que anoche sentí
cuando al son de una música dulcísima
en mis brazos te ví.
Cerca, muy cerca, de tu ardiente pecho
con hondo afán soñé
que era mía tu vida y con locura
contra mí te estreché.
Por mis ojos el alma se escapaba
trémula de emoción
jurándote afanosa y palpitante
mi profunda pasión.
Mi pecho era un volcán junto á tu pecho
que tanto me abrasó,
que en su fuego ardoroso toda él alma
por tí se consumió.
Arrastrados tú y yo en el torbellino
del baile te juré
con palabras de fuego incoherentes
mi cariño y mi fé.
Y sonaba la música, y mi boca,
en cláusulas de amor,
desbordaba el raudal de mi cariño
por tí enloquecedor.
....
Pero ¡ay....! que con tan fría indiferencia
pagas tú mi pasión,
que cuando pienso en que te adoro tanto
me duele el corazón.

¡EL ÚLTIMO....!

Tengo que ahogar esta pasión que siento
con loco desvarío,
y acabar de una vez con el tormento
que sufre por tu amor el pecho mío.
Batalla horrible, inacabable lucha
que nada ¡oh Dios! á contener alcanza,
y en medio de la cual tu voz se escucha
con palabras de amor y de esperanza.
Palabras ¡ay! que de dolor me inundan
porque encierran la dicha que yo anhelo,
y esa dicha se escapa como el ave
que del espacio en la infinita nave
tiende las alas y apresura el vuelo.....

....

No por más tiempo la razón me turbes
con tanto amor ni con cariño tanto;
vida mía: sé fuerte, seca el llanto
que nubla la mirada de tus ojos;
acaben para siempre esos antojos
tan llenos de ansiedad y de amargura,
y con esta pasión que hasta el exceso
mi lacerado corazón tortura,
sobre tu frente pura
recibe de mi boca el postrer beso....!



¡ACUÉRDATE!

Si allá en la noche de misterio llena
se desliza tu planta en el terrado,
testigo mudo de la amante escena
que acaso tu memoria no ha olvidado,
recuerda que en mi amante devaneo
te juré con locura no olvidarte,
que nunca acabaría del deseo
la fuerza inagotable de adorarte.
Y recuerda, también, tu fé jurada,
y sabe, vida mia, que aún te lloro,
que aquí dentro del alma retratada......
mientras más te contemplo más te adoro;
que nunca en el olvido sepultarte
podrá mi corazón, que nunca olvida,
porque es para mí, Clara, idolatrarte
el único consuelo de mi vida!......



LLEGUÉ TARDE.

Me juraste que nunca lo amarías,
y que tan solo yo
había de inspirarte con el tiempo
ardorosa pasión.

—

Ausentéme confiado en tu palabra
y alentando mi amor
pensaba que al volver encontraría
término á mi dolor.

—

Volví, de afan y de esperanza lleno
te hablé de mi pasión,
y tú me contestaste: ¡espera, espera!
con honda turbación.

—

Esperé, pero en vano, que ya habías
dado tu corazón
á quien nunca, mujer, podrá quererte
como te quise yo.

—

Mas esa veleidad injusta y grave
nada me sorprendió
porque sé que así pagan las mujeres
la fé del corazón......



DESDE LA LUNETA.

Te miro desde lejos, vida mía,
y no comprendo yo
por qué el destino en alejar se empeña
lo que ha unido el amor.
Si existe la pasión en nuestros pechos
con tanta abnegación,
¿por qué se nos condena á que vivamos
muriendo de dolor?

....

No importa la distancia que se cruza,
mi bien, entre los dos,
en tanto que yo escuche los latidos
que dá tu corazón.



EN EL TEATRO.

Mirarte desde lejos, contemplarte
al través de un cristal
que más que tu figura, aumenta, niña,
la angustia de mi afán;
decirte con los ojos lo que el labio
no puede confesar,
y medir la distancia con mis besos......
¡oh no, no puedo más!
....
Yo necesito en tu mirada hermosa
mi dicha reflejar
y al calor de este pecho que te ama
poderte contemplar;
hablarte de este amor puro y eterno
que siempre vivirá
aquí en mi corazón como las algas
en el fondo del mar;
estrecharte la mano, apasionado,
y decirte que ya
con la fiebre que quema mis entrañas,
mi bien, no puedo más!



¡EMPIEZA TÚ!

Mientras más te conozco y más te trato,
mi bien, te quiero más,
y te veo en las sombras de mi vida
como un sol alumbrar
las dulces esperanzas que acaricio
con amoroso afán;
y pienso que eres mía y yo soy tuyo
por una ley que está
escrita en nuestros ojos con el brillo
de un amor inmortal.
....
Más cuando voy á hablarte con el alma
mi turbación es tal,
que espiran las palabras en mis labios
¡y no puedo empezar!



FELICIDAD SUPREMA.

Ayer te ví, mujer. ¡Qué hermosa estabas!
De tus dormidos ojos
el cristal de tu llanto lentamente
resbaló á tus mejillas,
y yo, no sé por qué, pero turbado,
incliné de dolor mi triste frente
y caí de rodillas
llorando como tú, bien adorado.
¡Cuántas palabras locas
cruzaron nuestras bocas!
Como en aquella comunión divina,
entre sueños de plácida ternura,
se unieron nuestras almas
vibrantes de placer y de ventura.
Cuanta dicha gocé, allí, de hinojos,
de dulce afán y de ansiedades lleno,
mirando palpitar tu blanco seno
fijos en mí tus soñolientos ojos......
....
¡Felicidad suprema!
¡Relámpago de dicha que ilumina
con radiantes fulgores el poema
de nuestra unión divina!
¡Ah! si no has de brillar eternamente
cual brilla el sol en el azul del cielo,
hiere, al morir, con tu fulgor mi frente
y en noche eterna mis delirios lanza
matando para siempre ¡ay! este anhelo
que alimenta en mi pecho á la esperanza.

TÚ DIRÁS.

Estás segura de que te quiero
con toda el alma
y sin embargo cuando te miro
vuelves la espalda.
Pues...... mucho antes de que mis ojos
en tí fijara,
muchos amigos me repetían
que me mirabas......
Mejor sería, niña hechicera,
que se encontraran,
locas y amantes, á un mismo tiempo
nuestras miradas.
De lo contrario, nuestra faena,
niña del alma,
si tú no pones pronto remedio,
será una farsa.



EN EL ÁLBUM
DE
JOSEFINA IBAÑEZ DE MISA.

(SONETO.)

Blanca, risueña, en lo sublime toca
la espresión virginal de su mirada;
bellísima mujer, nunca soñada
pues la ilusión para soñarla es poca.

Hermosa reina que mi fé coloca
en un trono ideal, enagenada,
y por su aliento mágico bañada
queda mi alma suspirante y loca.

Angel que lleva en su mirada pura
la luz de la esperanza que ilumina
al que sufre en su amarga desventura;

radiante, sin igual, bella, divina,
magnífica y espléndida escultura
cuyo armonioso nombre es Josefina.



SIEMPREVIVAS.

Aunque has robado la calma
á mi corazón de niño,
te manda aquí mi cariño
humildes flores del alma.
Juntas, en un lazo estrecho,
y con afan amoroso,
forma un ramillete hermoso
y colócalo en tu pecho.
Si el verano las sofoca
con sus calores, bien mio,
refrésquelas el rocío
dulcísimo de tu boca.
Y si el invierno inclemente
quiere marchitarlas luego,
defiéndelas con el fuego
de tu corazón ardiente.
Siempre sin tener enojos,
siempre vivas y animadas,
que se vean reflejadas
en el cristal de tus ojos.
Y al subir su esencia pura
á tu lindo rostro, pienso
que será el mejor incienso
que merece tu hermosura.
Cuidalas bien, angel mío,
pon en ellas mucho amor,
que no las seque el calor
ni las martirice el frío.

¡SE AVIVA MÁS!

¿Por qué te he de olvidar, angel querido?
¿Por qué te he de olvidar?
Si crees que mi amor puede extinguirse
es que el tuyo podrá.

Cuando tiene la amante tu hermosura
y tu modo de amar......
no muere la pasión con la distancia
sino...... ¡se aviva más!



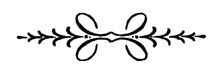
¿POR QUÉ?

Cuando de mí te ausentas me prometo
con gran resolución
decirte al encontrarte nuevamente
lo grande de mi amor.
Más al verte brillar en mi presencia
como la luz del sol
no sé que cosa siento en la garganta
que se apaga mi voz.
Y pensando, mi bien, en que te amo
con todo el corazón,
¿por que será tan tímido—pregunto—
el verdadero amor?



¡CRUEL!

Cuando lleno de fé, convulso y loco,
te escribí aquella carta
en que te hablaba de mi amor inmenso
entre sus blancos pliegues escondida
te mandaba, mujer, toda mi vida.
En ella te pintaba
con mano temblorosa,
la pasión formidable y tempestuosa
que allá en el pecho mio
ruje y batalla con potente brio;
y tú, mujer, con desdeñoso acento,
con falsa risa, con siniestra calma,
con cruel desdén y con mortal cinismo,
me dejaste, tan solo, allá en el alma
la eterna noche de insondable abismo.
....
Mañana cuando el sol sus rayos de oro,
cual melena encendida, al mundo vierta
prostérnate á rezar, yo te lo imploro,
ante el sepulcro frio
donde mi alma para el mundo muerta
por nadie ha de latir, ídolo mio......



NOCTURNO.

¡Oh! qué hermosa está la noche,
qué claro y azul el cielo,
como brillan las estrellas
en el ancho firmamento.
Todo reposa tranquilo,
todo duerme en el silencio,
menos este amor que hierve
como un volcan en mi pecho.
Vida mia, no lo sabes,
tú ignoras cuanto te quiero
y que mientras tu descansas
yo medito, sufro y velo.
Con el alma destrozada,
llena de afanes y anhelos,
derramo lágrimas tristes
«para bañar tu recuerdo.»
Tu dulce nombre pronuncio
en el sublime misterio
de la noche y me arrodillo
adorándote en silencio.
Paréceme que la nube
que pasa en alas del viento
es un girón de mi alma
que te busca por el cielo.
Esas estrellas errantes
que cruzan el firmamento
son chispas de tus miradas

que se apagan en mi pecho.
¡ Oh luna ! ¡ callada luna !
vé, penetra en su aposento
con un rayo de tu luz
y dila cuanto la quiero.
Dale un beso apasionado
lleno de abrasante fuego
y tráeme de su boca
otro apasionado beso.
Abrázala con ternura,
sorprende, luna, su sueño
y dime con quien soñaba
porque me ahogan los celos.
Dime, si acaso, despierta,
ella vaga en su aposento
mirando tu luz hermosa
y adorando mi recuerdo......
¡ Ah ! dime si piensa en mí,
que me mata el no saberlo;
y si en mí piensa la dices
que por ella sufro y velo.



¡ADIOS!

Hoy no vengo, linda Safo,
como siempre, á consolarte,
ni á quererte, ni á adorarte
soñando mucho los dos;
hoy solo vengo á decirte
que de tu lado me alejo,
y entre lágrimas te dejo
en estos versos mi adios!......

—

Adios que exhala mi pecho
por la mujer que deliro
mezclado con el suspiro
de una pasión inmortal;
adios que brota de mi alma
trastornada y abatida,
porque ha dejado la vida
en tu boca virginal.

—

Eco cariñoso y triste,
grave, misterioso y lento
como el último lamento
del joven que va á espirar;
nota dulce y melancólica,
eco fugaz de una queja
que destroza el pecho y deja
¡muchas ganas de llorar!......

Llanto amargo que derramo
con sentimiento profundo,
pues me creo que á otro mundo
voy para siempre á partir;
porque miro en el ocaso,
tras la nube densa y vaga,
que lentamente se apaga
sin tu amor mi porvenir.

—

Tu amor, que es la única gloria
que á tocar mi anhelo alcanza,
viva luz de la esperanza
que ilumina mi ilusión,
lo llevaré aquí en mi pecho
cual reliquia misteriosa
de la mujer más hermosa
que me ha herido el corazón.

—

Jamás echaré en olvido
tu pasión ardiente y pura,
ni tu espléndida hermosura
que tantos celos me da,
y pensaré en tu recuerdo,
al rumor de la arboleda,
como piensa del que queda
¡ay! el pobre que se va.

—

¡Adios! Safo, cuando léjos
entre la sombra me pierda,
el triste canto recuerda
de tu ardiente trovador;
que allá en la noche callada,
de mi lóbrego retiro,
yo te mandaré un suspiro
embalsamado de amor.

LO INEVITABLE.

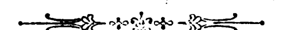
El dulce murmurar de la corriente
que suave y mansamente
por entre breñas su cristal resbala,
no es tan dulce, tan suave ni sentido
como el acento tuyo, angel querido.
La blanca aurora que despierta al mundo
de su sueño profundo
con un rayo de luz esplendoroso,
no despierta á mi alma aletargada
como el rayo de luz de tu mirada.
La sombra negra de la noche oscura,
inmensa sepultura
en que duerme la luz con muda calma,
no se iguala al abismo tempestuoso
que yo he visto en el fondo de tu alma.

Tu voz y tu mirada me enloquecen
y á su influjo divino
mis penas mas despiertas se adormecen.
La mancha de tu alma me da espanto
porque es mancha imborrable.
Tanto la miro y la analizo tanto
que... cada vez te encuentro más culpable.
Pero me hablas... me miras...
¡y no puedo ser dueño de mí mismo!
Son inmensos mi amor y tu belleza;
se aturde enloquecida mi cabeza
y me arrastran tus ojos al abismo!....

¡DESENGÁÑATE!

(IMITACIÓN DE MARTÍ.)

Anhelar lo *imposible* á todas horas
con el anhelo que el deseo inspira
y encontrarlo, á la postre, realizado
tal como lo soñó la fantasía.
Gozar de un cielo de verdad, sereno,
sin negros nubarrones de mentiras;
inundar nuestros ojos con el llanto
que nace del placer y la alegría;
sentirse aprisionado entre los lazos
de la más dulce y venturosa dicha
y adorar con la sangre de las venas
una mujer que como tú, alma mía,
aliente un corazón lleno de fuego
sin luchas, sin dolor y sin falsía,
desengáñate, amor de mis amores,
¡son las grandes mentiras!



SOMBRAS.

Rie y goza. ¡No importa! Yo he reido
y gozado también,
y, como tú, he mirado el mundo hermoso
á la luz del placer.

Lleno de desencanto y de amargura
ya hoy no sé qué hacer,
estiendo la mirada al infinito
y mis ojos.... no ven!

Rie y goza. ¡No importa! Yo he gozado
como tú alguna vez,
y he apurado hasta el mismo fondo turbio
la copa del placer.

Y hoy llevo entrambas manos á mi pecho
rebosante de hiel
y siento palpitantes en su fondo
la duda y el desdén.

Rie y goza. ¡No importa! Al son orgiástico
del baile gira y ven
á decirme.... que ya no te diviertes,
que luchas con la fé.

Adora mucho á la que amante y ciega
se arrodille á tus piés,
y aspira en tus ensueños voluptuosos
la dicha y el placer.

Para luego venir con loca angustia
á decirme, tal vez,
que el amor es mentira y que los sueños
mentiras son también....

Rie y goza. ¡No importa! De la vida
que en tí comienza á arder,
con todo el hondo afán de los sentidos
apura la embriaguez.

Que al quedarse tu espíritu sereno,
en triste languidez,
como yo lanzarás la risa histérica
del amargo desdén.

Y en el silencio de la noche augusta,
sin amor y sin fé,
y llevando en el alma todo un mundo
de espanto y lobreguez,

pensarás como yo que hastiado y loco
de tanto padecer,
me busco el corazón con hondo anhelo
¡y me encuentro sin él!



A JUANA.

Mi queridísima Juana,
mi adorado bien querido:
hoy tu carta he recibido
á las diez de la mañana.

La abrí con anhelo tanto
que era loca mi alegría,
mas al leerla, alma mía,
me quedé mudo de espanto.

Sin llegarme á violentar
y sin arrugar las cejas,
me enteré de que me dejas
y que te vas á casar.

Procediendo con justicia
debo aquí reconocer
que has cumplido tu deber
mandándome esa noticia.

Pues con claridad veo así
que al fin y al cabo, mi bien,
has podido encontrar quien
se hiciera cargo de tí.

Lo cual, como pensaría
cualquier persona decente,
me figuré, francamente,
que nuca sucedería.

No creas que me he ofendido,
porque aún siendo yo un atún,
sé muy bien que siempre hay un
roto para un descosido.

Te borraré sin encono
de mi pobre corazón
y te mandaré el mechón
(que está rancio *como mono*).

Y aunque, la verdad, es triste
desempeñar lo empeñado,
no he de dejar olvidado
el anillo que me diste.

Tus cartas, el afiler
de corbata, todo, todo
estará, de cualquier modo,
muy en breve en tu poder.

No por ponerte en un potro
esas cosas te mando hoy,
pues segurísimo estoy
que servirán para *el otro*.

No te reclamo las cien
cosas que te dí gustoso,
porque soy muy generoso
(¡y muy modesto también!)

Quédate con el cepillo,
el jarro y la palangana,
y si te parece, Juana,
conserva siempre el anillo.

Con las otras chucherías
puedes hacer lo que quieras,
(aunque me consta de veras
que no las devolverías).

Con todos los trastos esos
saca, si puedes, partido;
sólo una cosa te pido:
que me devuelvas mis besos
pues ya tengo otro pedido.



EL ÚNICO REMEDIO.

Como claro testimonio
de que estamos en invierno
se jura cariño eterno
diariamente un matrimonio.
¡Cariño eterno!.... ¡Qué guasa!
¡Qué sarcasmo más sangriento
encierra este juramento
cuando el *embullo* se pasa!
—¡Maldita equivocación!
dice el esposo con ira.
La esposa en tanto suspira
llena de cruel aflicción.
De cruel aflicción porqué
tocando la realidad,
el desdén y la frialdad
en su compañero vé.
Y él también en ella nota
el hielo del desencanto,
y de quebranto en quebranto
al fin la paz queda rota.
El esposo equivocado
(¡maldita equivocación!)
busca en otra, con razón,
lo que en su esposa no ha hallado.
Aquí, la esposa sufrida,
llora mucho, pero calla,
y en tan terrible batalla
se pasa toda la vida.

La no sufrida, al instante,
sin angustia ni desvelo,
halla seguro consuelo
en los brazos de un amante.
¿Pues no es, señores, mejor,
empezar por no engañarse,
es decir, por no casarse
sin comprobar el amor?
Ustedes dirán si miento
y si es lógico afirmar
que es peor el no jurar
que el falsear el juramento.
Por lo cual, señores míos,
propongo una cosa nueva:
cásese primero á prueba
el que no guste de líos.
¿Se desea usted casar?
pues *pida* usté á la futura,
adórela con.... usura,
que es buen modo de á.... *dorar*;
Si después un visto malo
de su análisis resulta,
de una manera muy culta
le da usted un varapalo.
Pero si en vez de esto pasa
que la chica es buena cosa,
que es honrada y que es hermosa
se la deja usted en casa.
Me corta usted la nariz
si al proceder de este modo
no logra, después de todo,
ser, como nadie, feliz.
....
....
Aunque me llamen bolonio
ó inaguantable poeta,
dejo escrita esta receta
en favor del matrimonio.

CELOS.

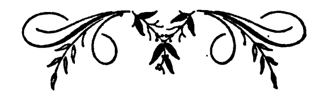
Porque dudo de tí; porque no creo
en esos arrebatos del deseo
que en cláusulas de amor queman tu boca,
como el pájaro herido huye mi calma,
se me enroscan los celos en el alma
y estalla mi pasión ardiente y loca....
Formidable pasión que me atormenta
y que la duda aumenta
hasta el delirio inacabable y fiero,
como el ronco bramar de la tormenta
la mortal inquietud del marinero.

¡Cuántas veces, en noches de amargura,
me iluminó la luz de tu mirada
tan llena de misterio y de ternura!
¡Y cuántas, ay, te he visto enamorada
inquieta y desolada
llegar á mí con aflijido acento,
estrecharme la mano, trastornada,
y confundir tu aliento con mi aliento....!

Pero es en vano que á mis piés de hinojos
tu amor la fé del corazón me pida,
no creo en la mirada de tus ojos
aunque me dé con su fulgor la vida.
Duda mortal que crece y se desborda

en olas de dolor dentro del pecho
como la mar desordenada y sorda
que encuentra él mundo en su furor estrecho.
La ardiente fantasía me sofoca
haciéndome sentir torpes enojos,
pues da forma tangible á la mentira
en todas las palabras de tu boca
y en todas las miradas de tus ojos
cuando sin freno tu pasión delira.

¡Horrible enfermedad del pensamiento
que hostigando mi afán calenturiento
en la siniestra sombra en que me agito,
va dejando con todo su tormento
sin fé ni amor mi corazón marchito!....



A SU LADO.

—¿Por qué si eres violento para amarme
como dices, bien mío, con pasión,
tu mirada es tan suave y es tan triste
cual de la tarde el moribundo sol?

—

—Porque el fuego ardoroso de mi pecho
es un fuego, mi vida, abrasador
que sale por mis ojos blandamente
después que me ha quemado el corazón.



al escribir al revés.
de que he dado con la clave
sin que por esto me alabe,
lector, demostrado ves,
escribiendo por derecho,
de que he sido y soy muy malo
que hoy en justicia propalo,
En cuanto á mí, si es un hecho,
del coché del general!
¡ya escribiendo hasta los potros
lo que pasa entre nosotros...
Porque es, señores, un mal
al abuso literario.
á las gentes entregadas
con penas exageradas,
Poner coto es necesario,
un millón de disparates.
oler, pensar y escribir
no hay más norma que sentir
Para tales Cucufates
es un insulto á la imprenta.
que eso de garrapatear
ni hay quien les haga pensar
Mas de ello no se dan cuenta,
exactamente lo mismo!
les ha venido á pasar
con ese afán de crear,
¡Cuántos en el periodismo,
escribiendo por derecho.
de que he sido y soy muy malo
y en justicia lo propalo,
Ya está demostrado el hecho,

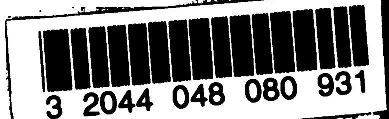
¡POR AQUÍ!

ERRATAS.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
6	13	al pintar	el pintor
52	4	inmenso	inmenso,








Digitized by Google